

Los cansados cristianos no pudiendo  
 Sufrir el gran trabajo incomportable,  
 Se van forzosamente retrayendo  
 Del vano intento y plaza inespugnable,  
 Y el destrozado campo recogiendo:  
 Vista su suerte y hado miserable,  
 Por el mismo camino que vinieron,  
 Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña  
 Vinieron á tener su alojamiento,  
 Segura de enemigos la campaña,  
 Que ninguno salió en su seguimiento.  
 Decir prometo la cautela estraña  
 De Lautaro después, que ahora me sienta  
 Flaco, cansado, ronco, y entre tanto  
 Esforzaré la voz al nuevo canto.



## CANTO XII

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cafiete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba  
 Es guardar el secreto peligroso,  
 Que la dificultad bien claro prueba  
 Cuánto es sano, seguro y provechoso,  
 Y el poco fruto y mucho mal que lleva  
 El vicio inútil del hablar dañoso:  
 Ejemplo los de Libico homicidas  
 Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras  
 En los presentes tiempos y pasados  
 Crüeldades, ruínas, desventuras,  
 Infamias, puniciones de pecados,  
 Grandes yerros en grandes coyunturas,  
 Pérdidas de personas y de estados:  
 Todo por no sufrir el indiscreto  
 La peligrosa carga del secreto.

TOMO I

De los vicios el menos de provecho,  
 Y por donde mas daño á veces viene,  
 Es el no retener el fácil pecho  
 El secreto hasta el tiempo que conviene:  
 Rompe y deshace al fin todo lo hecho,  
 Quita la fuerza que la industria tiene,  
 Guerra, furor, discordia, fuego enciende,  
 Al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano  
 La causa á sus soldados encubria  
 De no dejar salir gente á lo llano,  
 Siguiendo la vitoria de aquel dia;  
 Y el retirado campo castellano  
 Seguro á paso largo por la via,  
 Como dije, la furia quebrantada,  
 Toma de la ciudad la vuelta usada.

15

Usar Lautaro desta maña, entiendo  
Que fuese para algun sagaz intento,  
E cual por conjeturas comprehendo  
Ser de gran importancia y fundamento:  
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo  
A los nuestros que así del fuerte asiento  
Se alejan, á tres leguas otro dia  
Hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron  
Haciendo de los bravos, aguardando;  
Pero jamás los bárbaros vinieron,  
Ni gente pareció del otro bando.  
Al fin dos de los nuestros se atrevieron  
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,  
Oyeron una voz alta del muro  
Diciéndoles: «Llegaos que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba  
Con el cierto seguro prometido,  
El cual dejando al otro, se llegaba  
Por conocer quién era el atrevido:  
Llegado el español junto á la cava,  
El de la voz fué luego conocido,  
Que era el gallardo hijo de Pillano,  
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado  
Con sobrevista de oro guarnecida,  
En una gruesa pica recostado  
Por el ferrado regaton asida;  
El ancho y duro hierro colorado,  
Y de sangre la media hasta teñida,  
Puesta de limpio acero una celada,  
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia  
Hablarle y entenderle claramente,  
El bizarro Lautaro le decia:  
«Marcos, de tí me espanto estrañamente  
Y de esa tu inorante compañía,  
Que sin razon y seso ciegamente  
Penseis así de mi opinion mudarme,  
Y ser bastantes todos á enojarme.

»¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,  
Que así quereis tiranizar la tierra?  
¿No veis que todo agora está en mi mano,  
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?  
¿No veis que el nombre y crédito araucano  
Los levantados ánimos atierra,  
Que solo el son al mundo pone miedo,  
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

»En los pueblos no fuistes poderosos  
De defender las propias posesiones,  
Que es cosa que aun los pájaros medrosos  
Hacen rostro en su nido á los leones;  
¿Y en los desiertos campos pedregosos  
Pensais de sustentar los pabellones  
En tiempo que estais mas amedrentados,  
Y mas vuestros contrarios animados?

»Es á mi parecer loca osadía  
Querer contra nosotros sustentaros;  
Pues ni por arte, maña, ni otra via  
Podeis en nuestro daño aprovecharos.  
Si lo quereis llevar por valentía,  
Baste el presente estrago á escarmentaros,  
Que fresca sangre aun vierten las heridas,  
Y della aquí las yerbas veo teñidas.

»Pues dejar yo jamás de perseguiros,  
Segun que lo juré, será escusado;  
Hasta dentro en España he de seguiros,  
Que así lo he prometido al gran senado;  
Mas si quereis en tiempo reduciros  
Haciendo lo que aquí os será mandado,  
Saldré de la promesa y juramento,  
Y vosotros saldreis de perdimiento:

»Treinta mujeres vírgenes apuestas  
Por tal concierto habeis de dar cada año,  
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,  
De quince años á veinte sin engaño:  
Han de ser españolas, y tras estas  
Treinta capas de verde y fino paño,  
Y otras treinta de púrpura tejidas,  
Con fino hilo de oro guarnecidas.

»También doce caballos poderosos,  
Nuevos y ricamente enjaezados,  
Domésticos, lijeros y furiosos,  
Debajo de la rienda concertados;  
Y seis diestros lebreles animosos  
En la caza me habeis de dar cebados:  
Este solo tributo estorbaria  
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba  
Estando de la plática gustoso;  
Mas cuando á estas razones allegaba,  
No pudo aquí tener ya mas reposo;  
Así impaciente al bárbaro atajaba,  
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,  
Que las parias que pides, ó Lautaro,  
Te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento,  
Te darán españoles por tributo  
Cruda muerte con áspero tormento,  
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»  
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;  
Sobre ello, Marcos, mas yo no disputo,  
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,  
Y la fuerza y valor determinar.

»Libre puedes decir lo que quisieres,  
Como aquel que seguro le está dado,  
Que tú después harás lo que pudieres,  
Y yo podré hacer lo que he jurado:  
Tratemos de otras cosas de placeres,  
Quede para su tiempo comenzado,  
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,  
Una lucida escuadra de á caballo.

»Que para que no andeis tan al seguro,  
Acuerdo de tener también caballos,  
Y de imponer mis súbditos procuro  
A saberlos tratar, y gobernallos.»  
Esto dijo Lautaro, y desde el muro  
A seis dispuestos mozos sus vasallos  
Mandó que en seis caballos cabalgasen,  
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas  
Salieron á caballo seis chilcanos,  
Pintadas y anchas dargas embrazadas,  
Gruesas lanzas terciadas en las manos,  
Vestidas fuertes cotas, y tocadas  
Las cabezas al modo de africanos,  
Mantos por las caderas derribados,  
Los brazos hasta el codo remangados:

Y con airosa muestra por delante  
Del atento español dos vueltas dieron,  
Pero ni de su puesto y buen semblante  
Punto que se notase le movieron.  
Antes con muestra y ánimo arrogante,  
En alta voz, que todos lo entendieron  
(Que el muro estaba ya lleno de gente),  
Habló así con Lautaro libremente.

«En vano, ó capitán, cierto trabaja  
Quien pretende con fieros espantarme;  
No estimo lo que ves en una paja,  
Ni alardes pueden punto amedrentarme;  
Y por mostrar si temo la ventaja,  
Yo solo con los seis quiero probarme,  
Do verás que á seis mil seré bastante:  
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres  
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,  
El mínimo que dellos escogieres  
A pié vendrá contigo en desafío,  
Del modo y la manera que quisieres:  
Elige armas y campo á tu albedrío,  
Ora con ellas, ora desarmados,  
A puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo  
Que mi honor en tal caso no consiente  
Darles uno por uno su castigo,  
Porque jamás se diga entre la gente  
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo  
En campo osase entrar singularmente:  
Por tanto, si no queres lo que pido,  
No quiero yo acetar otro partido.»

No vinieron en esto á concertarse;  
Después por otras cosas discurrieron;  
Pero llegado el tiempo de apartarse  
Del bárbaro, los dos se despidieron:  
Vueltos á su camino, oyen llamarse,  
Y á la voz conocida revolvieron,  
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,  
Diciendo: «Una razón se me olvidaba.

»Tengo mi gente triste y afligida,  
Con gran necesidad de bastimento,  
Que me falta del todo la comida  
Por orden mala y poco regimiento:  
Pues la teneis de sobra recogida,  
Haced un liberal repartimiento,  
Proveyéndonos della, que á mi cuenta  
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

»Que en el inclito estado es uso antiguo,  
Y entre buenos soldados ley guardada,  
Alimentar la fuerza al enemigo  
Para solo oprimirle por la espada:  
Estad, Marcos, atento á lo que digo,  
Y entended que será cosa loada,  
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,  
Que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria, yo lo dudo  
Cuando el contrario á tal extremo viene,  
Que en aquello que nunca el valor pudo  
La hambre miserable poder tiene;  
Y al fuerte brazo indómito y membrudo  
Lo debilita, doma y lo detiene,  
Y así por bajo modo y estrechez,  
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pensase  
Ser la necesidad (fingida) cierta,  
Para que nuestra gente se animase  
De industria abriendo aquella falsa puerta;  
Y con esto inducir la á que esperase,  
Teniendo así su astucia mas cubierta,  
Hasta que el fin llegase deseado  
Del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras conmovido  
Le dice: «Yo prometo de intentallo  
Por solo esas razones que has movido,  
Y hacer todo el poder en procurallo.»  
Habiéndose con esto despedido,  
Revolviendo las riendas al caballo,  
El y su compañero caminaron  
Hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado  
Cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,  
Sospechoso, confuso y admirado  
De ver que bastimentos le pedia:  
Era sagaz, celoso, y recatado;  
Revolviendo la presta fantasia  
Los secretos designios comprehende,  
Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resolutivo,  
Cuando el mundo se muestra mas oscuro  
Sin tocar trompa, del peligro instruto,  
Toma el camino á la ciudad seguro,  
Maravillado del ardid astuto.  
Pero de nuestra gente ahora no curo,  
Que quiero antes decir el modo extraño  
De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,  
Cuando luego los bárbaros supieron  
La súbita partida y retirada,  
Que no con poca muestra lo sintieron;  
Viendo claro que al fin de la jornada,  
Por un espacio breve no pudieron  
Hacer en los cristianos tal matanza  
Que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,  
Que es un bajo y recogido llano,  
De acequias copiosísimas se baña  
Por zanjas con industria hechas á mano:  
Rotas al nacimiento, la campaña  
Se hace en breve un lago y gran pantano;  
La tierra es honda, floja, anegadiza,  
Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,  
En agua aquellos campos empapados,  
Moverse los caballos no pudieran  
En pegajosos lodos atascados:  
Adonde si aguardaran los cogieran,  
Como en liga á los pájaros cebados,  
Que ya Lautaro con despacho presto  
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho  
La fuerza desampara el mismo dia,  
Y el camino de Arauco mas derecho  
Marcha con su escuadron de infantería:  
Revuelve y traza en el cuidadoso pecho  
Diversas cosas, y en ninguna habia  
El consuelo y disculpa que buscaba,  
Y entre sí razonando suspiraba,

Diciendo: «¿Qué color puede bastarme  
Para ser desta culpa reservado?  
¿No pretendí yo mucho de encargarme  
De cosa que me deja bien cargado?  
¿De quién sino de mí puedo quejarme,  
Pues todo por mi mano se ha guiado?  
¿Soy yo quien prometió en un año solo  
De conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente  
Ver el muro español aun no he podido,  
La luna ya tres veces frente á frente  
Ha visto nuestro campo mal regido,  
Y el carro de Faeton resplandeciente  
Del Escorpio al Acuario ha discurrido,  
Y al fin damos la vuelta mal tratados  
Con pérdida de mas de cien soldados.

»Si con morir tuviese confianza  
Que una vergüenza tal se colorase,  
Haria á mi inútil brazo que esta lanza  
El débil corazón me atravesase;  
Pero daria de mi mayor venganza  
Y gloria al enemigo, si pensase  
Que temi mas su brazo poderoso  
Que el flaco mio, cobarde y temeroso.

»Yo juro al infernal poder eterno,  
Si la muerte en un año no me atierra,  
De echar de Chile el español gobierno  
Y de sangre empapar toda la tierra:  
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno  
Podrán romper el hilo de la guerra,  
Y dentro del profundo reino oscuro  
No se verá español de mí seguro.»

Hizo también solene juramento  
De no volver jamás al nido caro,  
Ni del agua, del sol, sereno y viento  
Ponerse á la defensa ni al reparo;  
Ni de tratar en cosas de contento  
Hasta que el mundo entienda de Lautaro,  
Que cosa no emprendió dificultosa  
Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba  
La cuerda del dolor, que á veces tanto  
Con grave y dura afrenta le apretaba,  
Que de perder el seso estuvo á canto;  
Así el feroz Lautaro caminaba;  
Y al fin de tres jornadas, entre tanto  
Que el esperado tiempo se avecina,  
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento  
Baja de un monte Itata caudaloso,  
Atravesando aquel umbroso asiento  
Con sesgo curso, grave y espacioso:  
Los árboles provocan á contento,  
El viento sopla allí mas amoroso  
Burlando con las tiernas florecillas  
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente  
Es esta deleitosa y fértil tierra,  
Abundante, capaz y suficiente  
Para poder sufrir gente de guerra:  
Tiene cerca á la banda del oriente  
La grande cordillera y alta sierra,  
De donde el raudo Itata apresurado  
Baja á dar su tributo al mar salado.